
2 Dios es amor

"Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él" (1Jn 4,16)

Objetivo

Entender que la relación con Dios es un misterio de amor por el cual vamos siendo transformados día a día.

Introducción

Henri J. M. Nouwen, sacerdote y escritor, cuenta en su libro *El Regreso del Hijo Pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, cómo, mientras hablaba con una amiga a la que fue a visitar, se fijó en un cartel que estaba colgado en la puerta de su despacho. Vio "a un hombre vestido con un enorme manto rojo tocando tiernamente los hombros de un muchacho desaliñado que estaba arrodillado ante él". Se sintió atraído por la intimidad entre las dos figuras, pero especialmente por la manera en que las manos del anciano tocaban los hombros del muchacho. Esas manos son las manos de Dios, de ese Padre bueno que acoge y abraza al hijo perdido y arrepentido (cf. Lc 15,11 ss). En el cuadro de Rembrandt, cada detalle de la figura del padre, y sobre todo, el gesto tranquilo de las manos, habla del amor

PADRE NUESTRO

divino hacia la humanidad, un amor que existe desde el principio y para siempre. Dice Henri J. M. Nouwen que “la Parábola del Hijo Pródigo es en realidad una “Parábola del amor del Padre”. Es la historia que habla del amor que existía antes de cualquier rechazo y que estará presente después de que se hayan producido todos los rechazos.”

En palabras de Benedicto XVI, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1). Por eso, la afirmación de Juan, “Dios es amor” (1Jn 4,8), es una afirmación de fe basada en la experiencia, en un encuentro, en el encuentro con Jesucristo: “Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1Jn 4,16). Juan no afirma simplemente que “Dios ama” o que “el amor es Dios” limitándose a describir la actividad divina, sino que quiere decir que el elemento esencial constitutivo de Dios es el amor y por tanto toda la actividad de Dios nace del amor y está marcada por el amor. Cuando Jesús habla en su parábola del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata solo de meras palabras, sino que es una explicación de su propio ser y actuar. Todo lo que hace Dios, lo hace por amor y con amor, aunque no siempre podamos entender inmediatamente que eso es el amor, el verdadero amor.

En el trato con Jesucristo, Él nos descubre el gran amor de Dios (cf. DV 2). En esa relación de amigos, de confianza, de intimidad, de humildad, es donde nos da a conocer al Padre y nos entrega su amor divino.

Jesucristo nos revela a Dios como amor: un Dios que ama hasta el don del propio Hijo que se entrega por nosotros, se entrega por mí (cf. Gál 2,20). Un Dios que manda a su único Hijo "porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16). La omnipotencia del amor de Dios no es la del poder del mundo, sino la del don total, y Jesús, el Hijo de Dios, revela al mundo el verdadero amor del Padre dando la vida por nosotros, pecadores. Tal y como dice Benedicto XVI, "Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre Él mismo, lo acompaña incluso a la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor." (DCE 10).

El Espíritu Santo que nos es dado nos permite vivir de ese amor y en ese amor, recibirlo y ser transformados en el seno de la Trinidad. Puesto que "se da ciertamente una unificación del hombre con Dios (...), una unidad que crea amor, en la que ambos – Dios y el Hombre- siguen siendo ellos mismos y, sin embargo, se convierten en una sola cosa: "El que se une al Señor es un espíritu con él", dice san Pablo (1Cor 6,17)" (DCE 10). El amor hace común todo lo que tiene.

La economía salvífica es el lugar de unión de Dios con el hombre, de la revelación del amor de Dios. Dios ha mostrado a lo largo de la historia de la salvación que ama al hombre, y que lo ama personal y fielmente. La relación de Dios con el Pueblo de Israel, manifestada en Moisés, los reyes y los profetas es una revelación gradual de que Dios es amor. Esta maravillosa preparación desarrollada por Dios en la historia de la Antigua Alianza esperaba el cumplimiento definitivo, una Alianza definitiva con el hombre. Dios se ha dado

PADRE NUESTRO

a conocer a sí mismo de modo definitivo como Amor en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo.

Esta Alianza es duradera, en realidad es "nueva y eterna", porque es perpetuada en la institución de la eucaristía, sacramento de caridad, donde Jesús se da a sí mismo para transformar por el amor a los hombres a cuyo encuentro sigue saliendo. Es en el sacramento de la eucaristía donde Jesús nos enseña la verdad del amor. De la misma manera que Cristo a sus discípulos "los amó hasta el extremo" (Jn 13,1), sigue amándonos hasta el extremo, por el don de su cuerpo y de su sangre. Por lo tanto, en la eucaristía, que brota del amor y sirve al amor, está incluido a la vez el ser amados y el amar a otros. Así se convierte en escuela de amor al prójimo y nos educa para este amor de modo más profundo, ya que Cristo se ofrece a sí mismo de igual modo a cada uno.

Y puesto que Jesús nos transforma por el amor, puede darnos un mandato: "como yo os he amado, amaos también unos a otros" (Jn 13,34). Tal y como dice Benedicto XVI "el «mandamiento» del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser «mandado» porque antes es dado" (DCE 14). El amor al prójimo es una consecuencia del don que Cristo ha hecho de su vida: "En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos" (1Jn 3,16).

Los primeros cristianos consideraban a Cristo como el buen samaritano, el que se ha hecho hombre para dar su amor a los hombres, y por tanto, puede decirnos como al maestro de la ley: "anda y haz tú lo

mismo" (Lc 10,37). Nosotros podemos corresponder con el amor porque Dios nos ha amado primero y sigue amándonos primero. En definitiva, sigue dando al hombre el amor que le permite dar amor, puesto que "también hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. Por este don de tu gracia, incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor, vislumbramos la luz pascual en tu Hijo, muerto y resucitado" (Prefacio común VIII).

"El amor al prójimo es un camino para encontrar también a Dios" (DCE 16), acojamos por tanto la invitación que el papa Francisco nos hace en *Evangelii Gaudium* a renovar nuestro encuentro personal con Jesucristo (cf. EG 3), puesto que sólo a partir de ese encuentro o reencuentro con el amor de Dios, somos capaces de amar lo que Él ama y buscar lo que Él busca. En palabras de san Agustín: "Él mismo nos ha dado este amor mutuo, al elegirnos sin tener fruto alguno, por no ser nosotros los que lo elegimos a él. Y nos ha puesto en condición de ir y dar fruto; es decir, de amarnos mutuamente, cosa que no podemos hacer sin Él".

Partiendo de la vida (ver)

1. Puedo compartir con el grupo ese encuentro íntimo o reencuentro con Jesucristo que dio una nueva dirección a mi vida, y tras el que pude experimentar y afirmar, como S. Juan, que Dios es Amor.

2. La Eucaristía es el encuentro con Cristo, presente real y sustancialmente, es el ámbito de recibir

PADRE NUESTRO

a Dios. Puedo recordar alguna ocasión en la que recibir la Eucaristía, como el acto supremo de amor donde Jesús se da a sí mismo, me haya llevado a amar a otros, reconociendo en ellos la imagen divina.

3. Presentar hechos de vida en los que la exigencia del amor de Dios al prójimo me haya costado especialmente; o por el contrario, apoyado en el amor de Dios, me haya resultado fácil o más fácil de lo que esperaba, tratar con amor a quien no me cae bien, a quien no pertenece a mi grupo de confianza o a quien ni siquiera conozco.

4. Mostrar con hechos de vida cómo mi cercanía con Dios nuestro Padre me ayudó especialmente en mi relación con mis compañeros de trabajo, mi familia, mis amigos, haciéndome capaz de mirarles no con mis ojos y mis sentimientos, sino con los ojos de Cristo; o por el contrario aquella ocasión en la que mi alejamiento de Dios se vio reflejado en mi trato hacia los demás.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- El Antiguo Testamento prepara a la revelación definitiva de Dios como amor con abundancia de textos. Por un lado encontramos la iniciativa de amor de Dios (Sab 11,23-26; Dt 7,7-8); por otro, la respuesta de amor que Él espera (Dt 6,5). A través de los profetas, Dios recordará a su pueblo su asistencia amorosa (Jer 31,2-3; Is 54,10). Incluso después de la infidelidad a la

Alianza, Dios está dispuesto a ofrecer su amor al pueblo de Israel (Ez 36,25-29).

- El amor de Dios asume rasgos de inmensa ternura a pesar de la rebeldía de su pueblo (Os 11,1-11; Jer 31,20). Normalmente se utiliza la imagen paterna, pero a veces se expresa también con la metáfora del amor esponsal (Cant 1,15-16; 2,16; 6,3; Os 2,21-22).

- El Nuevo Testamento nos muestra esta dinámica del amor centrada en Jesús, Hijo amado por el Padre, que se manifiesta mediante Él (Jn 3,35; 5,20; 10,17). Solo es posible acceder al amor del Padre imitando al Hijo en el cumplimiento de los mandamientos (Jn 15,9-10). Así se llega a participar del conocimiento que el Hijo tiene del Padre (Jn 15,15).

- Jesucristo nos muestra el amor del Padre en su entrega (Jn 3,16; Gal 2,20; Jn 13,1; 1Jn 3,16; Rom 8,32), por eso puede hacernos un mandato (Jn 13,34-35; Rom 13,8; Gál 6,10). Nos enseña con su propio ejemplo (Jn 13,1-17) y por medio de parábolas como la del Buen Samaritano (Lc 10,30-37) y la parábola del Juicio Final (Mt 25,31-46).

B) Magisterio de la Iglesia

- El documento que más ampliamente trata este tema es la primera encíclica de Benedicto XVI *Deus caritas est*, especialmente los números 1, 5, 7 y del 9 al 18.

- En el Catecismo hay diversos números que nos hablan del amor de Dios Padre (CEC 210; 218-221); de su iniciativa y su cumplimiento en el Hijo (CEC 604-618); el don de ese amor por su Espíritu (CEC 733-736; 739); la vocación al amor (CEC 1604); el primer mandamien-

PADRE NUESTRO

to (CEC 2083-2132); y el mandamiento del amor (CEC 2196).

- La Constitución dogmática *Dei Verbum* en su número 2 habla de la naturaleza y objeto de la revelación; El Decreto *Apostolicam actuositatem* explica la acción caritativa como distintivo del apostolado cristiano (AA 8); la Constitución dogmática *Lumen Gentium* nos muestra el amor al prójimo como camino para la santidad (LG 42); el amor a los adversarios (GS 28).

- Dios se ha dado a conocer a sí mismo y de modo definitivo como amor en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo y así lo describe S. Juan Pablo II en el número 8 de su primera encíclica *Dives in misericordia*.

- Benedicto XVI nos define la Eucaristía como “el don que Jesucristo hace de sí mismo” y como el lugar donde el “Señor viene al encuentro del hombre” (CV 1 y 2). El papa Francisco también habla del encuentro con Cristo en la eucaristía (LF 44). Asimismo, nos invita a renovar el encuentro con Jesucristo (EG 3), ese encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva (EG 264-267).

Compromiso apostólico (actuar)

Un primer compromiso para este tema podría ser formativo y puede consistir en leer detenidamente y en profundidad la primera carta encíclica de Benedicto XVI *Deus Caritas est*, a la que se ha hecho referencia a lo largo del tema.

El amor es el centro de la fe cristiana, por lo tanto, sería interesante como compromiso de este tema replantear nuestro trato con los que nos rodean en casa,

DIOS ES AMOR

en el trabajo, en la parroquia... y concretar en alguno de ellos el mandato de Jesús, recordando que el amor de Dios es duradero, como debería ser nuestro compromiso.

En ocasiones, durante la eucaristía no llegamos a empaparnos de los textos que rezamos, que son verdaderas catequesis, por eso un buen compromiso de este tema podría consistir en dedicar algún rato de oración a lo largo de la semana a rezar con los prefacios de la misa según el tiempo litúrgico que corresponda.

Como grupo podríamos obedecer al mandato de Jesús preocupándonos por aquellas personas del grupo o del centro que hace tiempo que no asisten a las reuniones bien por su situación personal, trabajo, enfermedad o simplemente por la edad, de forma que se sientan acogidas y amadas por Dios Padre por medio de sus hermanos en la fe.